

**Universidad Nacional de Rosario**

**Facultad de Psicología**



**Trabajo Integrador Final:**

**Sexualidad femenina y Psicoanálisis:**

**Dos miradas acerca de la feminidad**

Autora:

Mac Clay, Victoria

Legajo:

M- 5098/9

Docente responsable:

Gerez, Ana Laura

Modalidad:

Investigación Bibliográfica

Año: 2017

Agradecimientos:

A mi familia y amigos/as por acompañarme y apoyarme incondicionalmente en este largo proceso de formación.

A Ana Laura Gerez, por la dedicación y la buena disposición a la hora de brindarme material y realizar las correcciones pertinentes al trabajo.

A aquellos/as docentes y psicólogos/as que enseñaron a resignificar nuestra práctica, en tanto práctica humana y política.

Y especialmente, a aquellas mujeres que me transmitieron la importancia luchar colectivamente contra el sistema patriarcal que diariamente nos oprime, motivo por el cual me decidí cuestionar mi formación y a realizar este trabajo final.

## **Índice**

Resumen y Palabras clave.....	4
Introducción.....	5
De la teoría de la seducción a la fantasía inconsciente.....	6
Caso Dora: ¿ <i>Petite hystérie</i> o abuso sexual?.....	7
La realización de la mujer a través del hijo.....	10
Deconstruyendo la equivalencia Mujer=Madre.....	12
La supuesta inferioridad y pasividad en la mujer.....	15
Otra visión de la diferencia sexual de los sexos.....	19
Conclusiones.....	22
Reflexiones finales.....	24
Referencias bibliográficas.....	27

## **Resumen**

La presente investigación bibliográfica se propone indagar cuáles son los alcances que poseen ciertos conceptos psicoanalíticos propuestos por Sigmund Freud en relación a la mujer y a la sexualidad femenina. Para dicha finalidad se toman tres categorías conceptuales del psicoanálisis freudiano, tales como la teoría de la seducción, la ecuación simbólica pene=hijo y la inferioridad orgánica de la niña con respecto al varón. Luego, se hace una revisión crítica de dichos conceptos a partir de teorizaciones dadas por psicoanalistas argentinos/as, las cuales se relacionan con las mismas temáticas. Se realiza dicha revisión para poder plantear una diferencia entre los modos de leer la sexualidad femenina desde el psicoanálisis propuesto por Freud y desde un psicoanálisis más contemporáneo a la época. De esta manera, se puede concluir la necesidad de revisar y deconstruir ciertas categorías dadas por el psicoanálisis de Freud sobre la sexualidad femenina.

## **Palabras Clave**

Psicoanálisis – Mujer - Sexualidad femenina

## Introducción

De la investigación sobre la femineidad sabemos que el psicoanálisis freudiano ha tenido más interrogantes que respuestas. Fue el propio Freud quien en 1925, se preguntó *¿qué quiere la mujer?* Ésta fue una de las pocas, quizás la única, pregunta que el ingenio y el intelecto del padre del psicoanálisis no pudieron responder. Este interrogante famoso dentro del ámbito psicoanalítico surge en una sesión de Marie Bonaparte con Freud: “la gran pregunta sin respuesta a la cual yo mismo no he podido responder a pesar de mis 30 años de estudio del alma femenina es la siguiente: qué quiere la mujer” (Bertin, 1982 en Alizade, s.f., párr. 2)

Desde el psicoanálisis teorizado por Freud hay escaso material en relación a la sexualidad femenina. Él escribió sólo dos textos sobre esta temática: *Sobre la sexualidad femenina* de 1931 y la Conferencia 33 *La femineidad* de 1933. Tanto para Freud y como para cierta cantidad de académicos/as la sexualidad femenina forma parte de regiones oscuras. La pregunta *qué quiere la mujer* se convierte en una pregunta/síntoma no sólo en el ámbito académico sino en la cultura patriarcal en la cual estamos sumergidos/as. Si bien parece haber ciertas tentativas por responderla como también ciertas conjeturas y juegos significantes que iluminan este espacio enigmático, esta interpelación lleva el sello de la propagación de una inquietud oscurantista que ubicó, desde estas conceptualizaciones, a las mujeres a un espacio de exclusión. Por eso creemos firmemente en la necesidad de producir trabajos e investigaciones sobre las mujeres en este espacio de la universidad, donde todo parece detenido en una cierta época histórica y en donde el discurso del sujeto hegemónico masculino sigue construyendo la femineidad como un enigma.

Nuestro interés en este Trabajo Integrador Final es primero indagar sobre los alcances que poseen ciertas teorizaciones del psicoanálisis de Freud a la hora de trabajar con la cuestión de la mujer. Específicamente, poder repensar dichas formulaciones expuestas por dicho autor teniendo en cuenta las teorizaciones de psicoanalistas argentinos/as que incorporen perspectiva de género a su trabajo clínico, y que nos permitan leer de otro modo a la femineidad. Esto nos posibilitará plantear una diferencia entre los modos de leer la sexualidad femenina desde el psicoanálisis propuesto por Freud y desde un psicoanálisis más contemporáneo a la época.

Por eso las preguntas fundamentales que guían todo el desarrollo del trabajo son: ¿cuáles son los alcances de ciertos conceptos del psicoanálisis freudiano a la hora de abordar las problemáticas que poseen las mujeres actualmente?, además ¿se pueden abordar dichas problemáticas con teorizaciones dadas a principios y mitad del siglo XX?

Para poder responder a dichos interrogantes vamos a tomar tres conceptualizaciones básicas que propone Freud en relación a la mujer y a la sexualidad femenina. La elección de estas tres categorías conceptuales no es casual: creemos que todas llevan a construir una mirada estereotipada de la mujer, mostrándola como inferior, pasiva respecto del varón y cumpliendo un único rol en la sociedad (el materno). Estas tres conceptualizaciones llevan a producir un abordaje falocéntrico y androcentrista respecto a problemáticas que vivimos las mujeres. Es por eso que nuestro objetivo es revisarlas críticamente y proponer otra visión de las mismas a partir de los autores del Foro de Género y Psicoanálisis.

La primera noción que tomaremos será la de la *teoría de la seducción*. Nos interesa marcar que su abandono y la posterior postulación de la teoría de la fantasía fue un obstáculo para Freud en el caso clínico de Dora, al momento de interpretar, a partir de las palabras de su paciente, un hecho de abuso sexual infantil.

La segunda noción que vamos a repensar es la ecuación simbólica *pene = hijo*. Freud plantea que el Complejo de Edipo de la niña culmina en el deseo, alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, es decir parirle un hijo. Tomaremos este planteo que hace Freud para compararlo con la visión que posee Mabel

Burin, psicoanalista y especialista en salud mental de mujeres, sobre la maternidad.

La tercera y última noción que tomaremos es la supuesta *inferioridad orgánica de la mujer con respecto del varón*, que podemos dilucidar a partir de ciertos conceptos tales como envidia de pene, superyó débil y la pasividad de la mujer. Realizaremos una revisión crítica de los mismos gracias al cuestionamiento que realiza la psicóloga argentina Ana María Fernández.

Este recorrido nos posibilitará arribar a la conclusión de que no hay un límite del psicoanálisis como *corpus* teórico a la hora de abordar distintas problemáticas en relación a las mujeres, y en particular las referidas a su sexualidad, sino que es una decisión política de cada psicólogo/a deconstruir ciertos conceptos, desnaturalizar hipótesis dadas para poder pensar a la feminidad dentro de un campo social y como producto de un entramado ideológico-político propio de la cultura patriarcal que hoy en día nos sigue atravesando.

### **De la teoría de la seducción a la fantasía inconsciente**

Antes de abordar el caso Dora, nos parece pertinente realizar en primer lugar un breve recorrido por los textos freudianos que permiten visualizar el pasaje de la teoría de la seducción a la teorización sobre las fantasías. El poder contemplar el abandono de la seducción realmente acontecida, nos permitirá entender por qué este hecho fue un obstáculo en el caso Dora para visualizar el abuso del señor K hacia ella.

En 1896 Freud publica *La etiología de la histeria*. En dicho año menciona que hay un camino para alcanzar la etiología de la histeria y se propone llegar a las causas de ésta, partiendo de los síntomas. Aquí comparte con Breuer que los síntomas de la histeria derivan su determinismo de ciertas *vivencias de eficacia traumática*. Menciona que hay que “reorientar la atención del enfermo desde el síntoma hasta la escena en la cual y por la cual se engendró” (Freud, 2010a: 193). Otro hecho importante en este texto es la acentuación del factor sexual en la etiología. Va a buscar el determinismo de los síntomas en vivencias que se remontan a la niñez temprana. Estas vivencias infantiles de contenido sexual son *realmente acontecidas*. Se trata entonces de experiencias sexuales en el propio cuerpo. En estas escenas sexuales infantiles, el autor ve los traumas de los cuales arrancan tanto la reacción histérica frente a vivencias en la pubertad como el desarrollo de los síntomas histéricos.

Freud define entonces al “trauma sexual como una acción semejante al coito, presente en la temprana infancia y marcada por la pasividad” (Freud, 2010a: 205) Menciona que los niños/as eran expuestos a ataques sexuales mucho más a menudo de lo que uno podría suponer. Entonces nos muestra que existe una seducción por parte de un adulto, que marca el fundamento para una posterior neurosis. El padre del psicoanálisis describe (2010a) tres acontecimientos como origen de la estimulación sexual: abusos aislados (la mayoría de las veces perpetrados en niñas por adultos extraños a ellas y que obraban con violencia y sin su consentimiento); persona cuidadora del niño que lo introduce al comercio sexual; o relaciones infantiles propiamente dichas.

Al año siguiente, en 1897, Freud (2010b) escribe la carta 69 a Fliess en donde anuncia por primera vez sus dudas sobre la etiología traumática de la neurosis. Le aclara que ya dejó de creer en sus neuróticas, porque observa que todas sus pacientes habrían sido seducidas por su padre, lo cual significaría que todos los padres eran perversos y que esto no podía ser así. Por ende cambiará su teoría y dirá que este evento traumático infantil no era acontecido en realidad, sino que podría estar en el plano de la *fantasía*. Empieza a ver entonces, la importancia de ésta como base de los síntomas histéricos.

En 1908, tres años después de publicar el caso Dora, Freud escribe *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. Aquí menciona (2010c) que en las fantasías histéricas se pueden discernir importantes nexos para la causación de síntomas neuróticos. El contenido de estas fantasías inconscientes en las histéricas coincide en

todos sus puntos con las situaciones de satisfacción que los perversos llevan a cabo con consciencia. Es por eso que Freud (2010c) menciona que los síntomas son la vida sexual de los neuróticos.

Observamos entonces cómo fue el pasaje desde la teoría de la seducción, relacionada con abusos sexuales realmente acontecidos, que según Freud, eran más comunes de lo que uno podría suponer, hacia la teoría de la fantasía. Este cambio, se da con un hecho fundamental que es que el autor empieza a descreer de sus pacientes. Ahora bien, nuestro interés está en poder pesquisar cómo dicha transición tuvo consecuencias en el caso Dora.

### **Caso Dora: ¿petite hystérie o abuso sexual?**

El caso clínico se titula *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Caso Dora)* escrito entre 1900 y 1901 pero publicado finalmente en 1905. Freud tenía en su mente dos hipótesis fundamentales: que la causa de las enfermedades histéricas se encontraba en la vida psicosexual de los enfermos y que los síntomas histéricos eran la expresión de deseos insatisfechos. Es decir, la preocupación del autor en ese entonces era determinar la formación y desarrollo del síntoma histérico y además determinar el cuadro clínico de la histeria. Para revelar ambas ideas expone un caso de histeria: el de Dora (Freud, 2010d).

Ahora bien, ¿por qué tomamos el caso Dora para marcar los alcances de ciertos conceptos del psicoanálisis freudiano en relación a la problemática de las mujeres? Hay una cuestión que queremos remarcar: un abuso sexual infantil no leído por Freud. Hay dos escenas claves en el texto: la primera es la que Freud titula *Escena del Lago* a los dieciséis años de la paciente. Esta escena ocurre dos años antes de que Dora y su padre vayan a consultar a Freud. Ambos habían viajado con el matrimonio K a una casa de verano junto al lago. Dora iba a permanecer varias semanas sola con el matrimonio, sin embargo, decide volverse con su padre antes de lo previsto (Freud, 2010d).

Días después de esta situación ella le comunica a su madre (para que ésta se lo transmitiera al padre) que el señor K durante una caminata, tras un viaje por el lago, había osado hacerle una propuesta amorosa. Cuando el tío y el padre de Dora pidieron cuenta de su proceder al inculpado, éste desconoció toda acción de su parte que pudiera dar lugar a esa interpretación y empezó a arrojar sospechas sobre la muchacha, quien, según lo sabía por la señora K, sólo mostraba interés por asuntos sexuales y que en la casa junto al lago había leído la *Fisiología del amor*. Entonces según el Señor K, Dora se había imaginado toda la escena. (Freud, 2010d: 24)

Según el padre de Dora, este suceso tiene la culpa de la desazón de su hija y de sus ideas suicidas. La paciente de Freud le pide a su padre que rompa relaciones con el matrimonio K pero éste no le hace caso, ya que considera que “el relato de su hija es una *fantasía de ella*<sup>1</sup>.” (Freud, 2010d: 24) Podemos pensar que el padre de Dora marca la misma conceptualización que realiza Freud, en el sentido que no lo ve como un hecho realmente acontecido, sino imaginado por Dora y potenciado por ciertas lecturas que tenía la niña. Ambos ponen el énfasis en la fantasía, sin poder escuchar el relato de Dora sobre la propuesta amorosa del señor K.

Ahora bien, según la teoría del padre del psicoanálisis con Breuer, esta vivencia con el señor K tendría que ser el trauma psíquico (el cual es la condición previa para la génesis de la histeria). Sin embargo los síntomas de Dora se remontan a un tiempo antes de esta escena. A continuación Freud marca la segunda escena de Dora con el

---

1 Las cursivas son nuestras.

Señor K, a la que titula *Escena del beso* a los catorce años. Esta escena, es la más apropiada para producir lo que Freud llama trauma sexual. Además, la va a tomar para conceptualizar la histeria (Freud, 2010d).

El señor K había convenido con ella y su mujer, que luego del mediodía, ellas irían a su tienda a contemplar unos festejos que se realizaban en la iglesia. Sin embargo, él hizo que su mujer se quedara en su casa, despachó a los empleados y se quedó solo cuando Dora entró al negocio. Al acercarse la hora de la procesión, le pidió a la paciente que lo aguardase junto a la puerta que daba a la escalera del primer piso, mientras *él bajaba las cortinas. Regresó después de hacerlo, y en lugar de pasar por la puerta abierta, estrechó a la muchacha contra sí y le estampó un beso.*<sup>2</sup> (Freud, 2010d: 25)

A continuación de esta segunda escena, Freud define lo que es la histeria:

Era justo la situación, que en una muchacha virgen de catorce años, provocaría una nítida sensación de excitación sexual, pero Dora sintió violento asco, se soltó y corrió hacia la escalera y de allí a la calle. (...) En esta escena (segunda en la serie pero primera en el tiempo) la conducta ya es histérica. Yo llamaría *histérica a toda persona, sea o no capaz de producir síntomas somáticos, en quien una ocasión de excitación sexual provoca predominantemente o exclusivamente sentimientos de displacer.*<sup>3</sup> Hay un desplazamiento de la sensación: en lugar de sensación genital, le sobreviene sensación de displacer y asco (Freud, 2010d: 26)

Nos interesa marcar una crítica a la conceptualización de la histeria. En cierto punto, creemos que Freud le exige a Dora que se comporte como una mujer adulta, en el sentido de que se excite sexualmente ante el avance de un hombre adulto (incluso, como si fuese en cierto punto una obligación que una mujer se excite con cualquier hombre). Sin embargo, podemos pensar que este atropello del Señor K es algo que hasta una mujer adulta rechazaría. Es una clara situación de abuso: el lugar está cerrado con llave, no hay nadie más que ellos dos y el Señor K utiliza su propia fuerza para darle un beso a Dora, sin interesarle qué es lo que le sucede a ella con él. Creemos que ninguna mujer se excitaría sexualmente ante esta situación como lo propone Freud en la definición, y no por ello resulta ser una persona histérica.

Ahora bien, ¿qué fue lo que le impidió poder observar esta clara situación de abuso sexual? Si entendemos por abuso sexual "la explotación de una relación de poder sobre los niños para la gratificación sexual de un adulto o de otro niño significativamente mayor", en donde "el factor que lo define es la relación de poder y la incapacidad de los niños en dar un consentimiento informado" (Barbero Fuks, 2002: 18), podemos afirmar que lo sucedido entre el señor K y Dora es un claro ejemplo de abuso: éste la manipula a través de ciertas mentiras, para quedarse solo con ella y así someterla para su propia satisfacción, sin el consentimiento de la joven.

Tal como mencionamos anteriormente, lo llamativo es la insuficiencia de Freud de observar la situación de abuso padecido por Dora. Es llamativo porque él mismo había formulado la teoría de la seducción como un hecho realmente acontecido y se había empeñado en buscar en la génesis de los síntomas histéricos, el trauma infantil provocado por el abuso sexual por parte de un adulto. Es decir con la teoría de la seducción (sexual e infantil) pudo explicar los síntomas y el sufrimiento de sus histéricas. Sin embargo hay ciertas cuestiones que lo llevan a abandonar esta teoría y a desconocer el hecho de abuso sexual en su paciente.

---

2 Las cursivas son nuestras.

3 Las cursivas son nuestras.

Jorge Volnovich (2002), psicoanalista argentino que lleva años investigando sobre maltrato y abuso infantil, en el libro *Abuso sexual en la infancia* escribe un capítulo dedicado a explicar por qué Freud abandona la teoría de la seducción. Hay dos ideas propuestas por Freud que provocaron el rechazo de la comunidad científica, la primera es el hecho de que haya marcado que la histeria no sólo corresponde a las mujeres sino que también a los varones. El segundo hecho que provocó el descontento de sus colegas fue plantear que el abuso sexual infantil tenía relación con la génesis del trauma sexual. Tal como menciona Volnovich la moral victoriana no era tan eficaz en el ejercicio de la represión como se supone, por ende el abuso sexual infantil no era ajeno a la comunidad científica. Lo que podía terminar en un escándalo para esta comunidad es ver que estos abusos, que explicaban de manera eficiente lo psicopatológico, trascendieran el límite y se expandieran a la sexualidad normal: "normal en cuanto a su valor cualitativo en el seno de la explicación teórica de un psiquismo en construcción." (Volnovich, 2002: 111)

Volnovich (2002) menciona que otro hecho que lo lleva a abandonar la teoría de la seducción es la muerte de su padre. En una carta a Fliess, Freud menciona a su padre como un corruptor de menores y a la perversión como más frecuente que la histeria.

En la totalidad de los casos, los padres, sin excluir el mío, debían ser acusados de perversos; el hecho de la inesperada frecuencia de la histeria, con predominio precisamente de las mismas condiciones en cada caso, nos hace pensar en lo poco probable de esas perversiones tan generalizadas contra los niños. La incidencia de la perversión debería ser inconmensurablemente más frecuente que la histeria. (Freud, 1895, citado en Volnovich, 2002: 112)

Entonces el padre del psicoanálisis había aseverado que la génesis de la histeria podía rastrase en un trauma sexual infantil relacionado con un abuso sexual por parte de un adulto cercano al niño/a (esto lo demuestra con dieciocho ejemplos clínicos), que su propio padre había sido un abusador, que las perversiones eran más comunes que la histeria y que finalmente sacaría a estos abusos del terreno psicopatológico para colocarlos en el terreno de la sexualidad normal. Era evidente que todas estas afirmaciones iban a provocar el rechazo de la comunidad científica. Freud había ido demasiado lejos y estaba en riesgo su reputación. Entonces como menciona Volnovich (2002) lo que hace Freud es exculpar al padre y a sí mismo como padre incestuoso, renunciando así, a la teoría de la seducción. Las intenciones seductoras se las comienza a adjudicar a la madre, la cual empieza a figurar como responsable de la seducción infantil. "En última instancia, hace la vista gorda al abuso sexual infantil realmente cometido" (Volnovich, 2002: 112).

En cierto punto creemos que es entendible el giro que realiza Freud al ver el castigo de sus colegas por su contundente afirmación sobre la responsabilidad de los varones abusadores en la génesis de la histeria. Por eso en 1897 abandona finalmente la teoría de la seducción para dar lugar a la teoría de la fantasía, concluyendo que las escenas de seducción nunca ocurrieron en realidad y que sólo eran fantasías de sus pacientes. Por eso deja de creer en sus neuróticas, afirmando que relatos de abusos eran producto de los deseos incestuosos. Además, niega que la sociedad esté llena de varones abusadores y finalmente empieza a ver a la madre preedípica como seductora y deja de ver al padre como perverso.

Vemos entonces en el caso Dora una clara limitación de ciertas conceptualizaciones freudianas para abordar problemáticas de mujeres, en este caso un abuso sexual infantil. El hecho de que él haya abandonado la teoría de la seducción para pasar a teorizar sobre la fantasía, marca un relevante obstáculo para poder pesquisar el abuso sufrido por la adolescente de dieciocho años. Freud al encaminar el tratamiento hacia el amor al señor K, deja de lado el poder intervenir sobre los efectos en la

subjetividad de la paciente a causa del abuso y de su posterior desmentida por parte de su familia. Se produjo la invisibilización del suceso traumático (mostrándolo como enamoramiento inconsciente) y provocando así una posible revictimización de la persona.

### **La realización de la mujer a través del hijo**

La teoría freudiana sobre la sexualidad femenina está fundamentada desde una lógica falocéntrica, tomando al falo como el principal ordenador de la psiquis de la mujer. Lo principal de esta lógica la podemos observar en cómo Freud marca el desarrollo del complejo de castración en la niña, con la posterior envidia de pene y su deseo por tenerlo. Es por eso que desde el psicoanálisis de Freud podemos interpretar que el deseo por la maternidad emerge en edades muy tempranas en la niña. La ecuación simbólica pene = hijo, muestra cómo la niña sustituye el deseo del pene por el deseo del niño y con este propósito toma al padre como objeto de amor. Es esta ecuación simbólica y el deslizamiento del pene hacia el hijo la que le da a la niña el acceso a una posición sexual femenina. En este sentido Marta Fernández Boccardo nos menciona que

La teoría freudiana de la sexualidad femenina, sustentada en la lógica fálica y que toma al falo como eje del proceso de constitución de la subjetividad de la niña -ubicando el deseo de la mujer en relación con la posesión del mismo a través del hijo-, confirma que el camino de la "normalidad" para la mujer desemboca en el rol materno. (Fernández Boccardo, 2016: 21)

Veamos las conceptualizaciones que realiza Freud sobre este tema. En 1924 el padre del psicoanálisis publica *El sepultamiento del Complejo de Edipo*. Allí teoriza sobre el complejo de Edipo en el varón. Toma éste como referencia para luego compararlo con lo que sucede en la niña (2010e). Creemos que es una paradoja que Freud siempre se base en lo que le sucede al niño para pensar luego cómo se dan esos mismos hechos en la niña, aún cuando la mayoría de sus pacientes fueron mujeres. Esto nos parece que constituye un obstáculo clínico a la hora de trabajar con la cuestión de la mujer: si siempre se toma como referencia a un solo sexo, es evidente que el otro va a quedar como el diferente y en una posición de falta y definido por defecto. Entonces se ve al varón como la norma y a la mujer como aquello que se desvía de la norma.

Si uno quisiera pensar el Edipo en la versión clásica freudiana, podría situarlo como la ligazón libidinal amorosa con el padre del sexo opuesto y, simultáneamente, la reacción hostil para con el padre del mismo sexo. En esta descripción se tiene en cuenta la relación entre tres personas: la madre, el padre y el hijo. Ahora bien, lo que mueve las relaciones entre ellos y funda el complejo de Edipo es el falo. Éste no es el pene, sino la premisa universal del pene que caracteriza a la etapa fálica. Lo central en esta etapa es la creencia infantil de que todos los seres y objetos tienen pene. Entonces, no hay un primado genital, sino un primado del falo ya que para el niño sólo va a existir un órgano que atraiga sus intereses, el masculino. Freud (2010e) va a decir que partiendo de esta premisa, las niñas cuando descubren que no lo tienen, querrán tenerlo y los niños al ver que hay seres a quienes les falta van a temer perderlo. Para Freud hay asimetría fundamental entre ambos sexos en cuanto a la relación Edipo-castración. Mientras el complejo de castración del varón aniquila al complejo de Edipo, en la niña lo hace posible y lo inicia.

Ahora bien, ¿qué sucede con la niña con respecto a su Edipo? "Nuestro material se vuelve aquí -incomprensiblemente- mucho más oscuro y lagunoso" (Freud, 2010e: 185). Es importante que aclaremos que es el mismo Freud el que menciona que la sexualidad femenina es difícil de abordar por lo tanto sus conclusiones no tienen un carácter acabado, sin embargo creemos que la mayoría de los psicólogos posfreudianos han tomado sus teorizaciones como afirmaciones tajantes. Entonces el autor menciona que:

El clítoris de la niña se comporta al comienzo en un todo como un pene, pero ella, por la comparación con un compañerito de juegos, percibe que es demasiado corto y *siente este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Durante un tiempo se consuela*<sup>4</sup> con la expectativa, de que después, cuando ella crezca, tendrá un apéndice grande como un muchacho. Es en este punto donde se bifurca el complejo de masculinidad de la mujer. Pero, la niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que lo explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande pero lo perdió por castración (...) Así se produce esta diferencia esencial: la niña entonces acepta la castración como un hecho consumado y el niño por su parte tiene miedo a la posibilidad de su consumación. (Freud, 2010e: 186)

Freud prosigue aclarando que la renuncia de la niña al pene es insoportable y por eso intenta resarcirlo de alguna manera. Allí propone que la niña se desliza a lo largo de una la ecuación simbólica del pene hacia el hijo. Explica que su complejo de Edipo culmina en “el deseo, alimentado por mucho tiempo de recibir como regalo un hijo del padre, de parirle un hijo” (Freud, 2010e: 186). El Edipo es abandonado luego ya que este deseo nunca se cumple.

Ya en 1917 en su texto *Sobre las transmutaciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal*, Freud (2010f) añade a su teoría de la envidia del pene, las transformaciones que esta envidia conlleva, tales como el deseo de un hijo o deseo de un hombre (como apéndice del pene). Afirma que

Si se investiga con la suficiente profundidad la neurosis de una mujer no es raro toparse con el deseo reprimido de poseer un pene como el varón. Un fracaso accidental en su vida como mujer, que en sí mismo es tantas veces consecuencia de una fuerte disposición masculina, ha reactivado este deseo infantil (...) En otras mujeres no se registra en absoluto este deseo del pene; en su lugar está ocupado por el deseo del hijo, cuya frustración en su vida puede desencadenar la neurosis. Es como si estas mujeres hubieran entendido que la naturaleza ha dado a la mujer el hijo como sustituto de lo otro que se vio precisada a denegarle (Freud, 2010f: 119)

Freud prosigue el escrito hablando sobre lo que sucede con el deseo infantil del pene en la vida adulta, cuando están ausentes las condiciones para la neurosis. “Se muda entonces en el deseo del varón; el varón es aceptado como un apéndice del pene” (Freud, 2010f: 119) Hará referencia al hijo como subrogado el pene: “Es sólo el hijo el que produce el paso del amor narcisista de sí mismo al amor de objeto. Por consiguiente también en este punto el hijo puede ser subrogado del pene” (Freud, 2010f: 119).

En 1931 Freud escribe *Sobre la sexualidad femenina*. Aquí (2010g) expone los tres caminos evolutivos que la niña puede elegir, a partir del descubrimiento del complejo de castración. El primer camino es el universal extrañamiento respecto de la sexualidad: “la mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y con él a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos.” (Freud, 2010g: 231)

La segunda elección que puede realizar es la de retener la masculinidad amenazada en una porfiada autoafirmación e hiperinsistencia en la virilidad. Este complejo de masculinidad puede terminar en una elección de objeto homosexual.

La esperanza de tener alguna vez pene persiste hasta épocas increíblemente tardías y es elevada a la condición de fin vital y la fantasía de

---

4 Las cursivas son nuestras.

ser a pesar de todo un varón, sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. (Freud, 2010g: 231)

El último camino que la niña puede elegir y que nos interesa remarcar es la final configuración femenina. Freud nos menciona “sólo un tercer desarrollo que implica, sin dudas, rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre y así halla la forma femenina del complejo de Edipo” (Freud, 2010g: 231-232) Es decir, la niña transfiere hacia el padre su demanda fálica y el *hijo se sitúa como equivalente del falo*. “La situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene” (Freud, 2010g: 119)

Observamos que para Freud, desde su teoría falocéntrica, la mujer sucumbe ante la envidia del pene y buscará obturar esta falta incansablemente. En la feminidad normal esto parecería resultar posible desde el momento en que se convierte en madre. En este sentido Freud menciona en la Conferencia 33 publicada en 1933 “es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado” (Freud, 2010h: 119). Creemos que Freud sucumbe ante los ideales culturales de su época, en los cuales la mujer era considerada, como tal, en tanto madre.

### **Deconstruyendo la equivalencia de Mujer = Madre**

Sabemos que el estereotipo mujer-madre continúa siendo hegemónico a pesar de los cambios socio-culturales y de los nuevos roles asumidos por las mujeres. Sigue vigente la noción de que gracias a la maternidad las mujeres adquieren la plenitud de su feminidad. Según la psicoanalista argentina Silvia Turbet, dedicada a investigar sobre la sexualidad femenina:

La mayor parte de las culturas, en la medida en que se trata de organizaciones patriarcales, identifican a la feminidad con la maternidad. A partir de una posibilidad biológica, la capacidad reproductora de las mujeres, se instaura un deber ser, una norma, cuya finalidad es el control tanto de la sexualidad como de la fecundidad de aquellas. No se trata de una legalidad explícita sino de un conjunto de estrategias y prácticas discursivas que, al definir la feminidad, la construyen y la limitan, de manera tal que la mujer desaparece tras su función materna, que queda configurada como su ideal. (Turbet, 1996: 7)

Tal como mencionamos, todavía persisten antiguos mandatos culturales, que insisten en que desear un hijo es parte constitutiva de la identidad femenina, generando un gran impacto en todas las mujeres. Para mantener tal identificación mujer=madre, nuestra cultura patriarcal ha utilizado diversos recursos, tales como conceptos como *instinto materno*, *deseo maternal*, *ideal maternal*, entre otros. En este sentido podemos pensar que el ideal de la maternidad que se nos impone a las mujeres, nos proporciona a todas una medida común, la cual no da lugar a las diferencias que puedan aparecer según el deseo de cada una. Quizás el no poder encajar con ese ideal, lleva a muchas mujeres a angustiarse, a frustrarse y a cuestionarse sobre su rol como mujer, dificultando muchas veces la pregunta sobre su propio deseo en relación a la maternidad.

Ahora bien, ¿cómo se ha llegado a identificar a la mujer con la maternidad? Mabel Burin (1996), nos indica en el libro *Género, Psicoanálisis y Subjetividad* que a partir de la Revolución Industrial comenzó la división de ámbitos que fueron determinando roles característicos tanto para mujeres como para varones.

Dos ámbitos de producción y representación social diferenciados: el

doméstico y el extradoméstico. Junto con ellos, dos áreas para varones y mujeres: para los varones, el poder racional y económico y para las mujeres, el poder de los afectos. Esta distribución de áreas de poder entre los géneros femenino y masculino ha tenido efectos de largo alcance sobre la salud mental de varones y mujeres. (Burin, 1996: 70)

Con esta distribución que marca Burin, la subjetividad de las diversas mujeres quedó centrada en los roles familiares y domésticos. Es por eso que dichos roles pasaron a ser identificatorios del género femenino. Se empezó a asociar a las mujeres con ciertas características emocionales “de receptividad, capacidad de contención y de nutrición, no sólo de los niños sino de los hombres que volvían a sus hogares luego de su trabajo cotidiano en el ámbito extradoméstico” (Burin, 1996: 71).

La eficacia en el cumplimiento de ciertos afectos, tales como el amor, la generosidad, la entrega afectiva que se les exigía a las mujeres en su ámbito doméstico, les garantizaba un lugar y un papel de la cultura. Las mujeres sabían cómo pensar, actuar y desarrollar sus afectos de acuerdo con este papel dado para ellas. Así, según la autora “se fueron configurando roles de género específicamente femeninos: el rol maternal, el rol de esposa, el rol de ama de casa” (Burin, 1996: 72). Lo que plantea Burin sobre los roles lo podemos observar habitualmente en nuestra realidad a partir de ciertos estereotipos sociales, en donde se identifica generalmente a las mujeres con ciertas características afectivas, como por ejemplo el amor, la comprensión, la contención emocional, cierta disposición sumisa, entre otras. En cambio, a los varones se los relaciona con una actitud poco empática, distante, de baja sensibilidad y de control de los sentimientos y emociones.

La autora (1996) menciona que paulatinamente se produjo el fenómeno contrario. Se generaron roles, que en lugar de garantizar la salud mental de las mujeres como se había creído, les provocaba cierto malestar psicológico. Hubo una puesta en crisis de los roles tradicionales para el género femenino. ¿Por qué sucede esto? Burin menciona ciertos hechos sociales y económicos, que se produjeron hacia finales del siglo pasado y principios de este siglo que llevaron a quitar el sentido social que siempre se les asignó a dichos roles del género femenino. Estos acontecimientos se relacionan, según ella, con cierta independización de la mujer con respecto al varón. Los mismos tienen que ver con:

La multiplicación de escuelas y otros espacios educativos y recreativos para niños fuera del hogar, y con el avance de nuevas tecnologías que invisibilizaron las tareas domésticas como fruto del esfuerzo personal de las mujeres; más adelante con el aumento y difusión de los anticonceptivos que otorgaron mayor libertad a la sexualidad femenina, de modo que ésta ya podía no circunscribirse obligatoriamente al escenario doméstico ni ser sólo para la reproducción; y también con la experiencia acumulada por las mujeres en el trabajo extra-doméstico, mujeres que comenzaron a ganar su propio dinero, especialmente como resultado de las necesidades apremiantes impuestas por la primera y la segunda guerras mundiales. (Burin, 1996: 72)

Ahora bien, esta crisis en los roles de la mujer, implicó también una crisis en la subjetividad femenina. Se empezó a cuestionar y a poner en crisis el sentido que se le otorgaba a las mujeres en relación a su liderazgo emocional y afectivo. “Las mujeres comenzaron a sentir que su poder afectivo perdía significación histórica y social, especialmente a medida que numerosas teorías y prácticas psicológicas lo cuestionaban” (Burin, 1996: 73). La autora menciona que en ese entonces, numerosas teorías comenzaron a restar poder al rol materno, comenzando a hablar de la importancia del poder paterno.

Además, en el campo de la salud mental, se empezaron a hablar de cuadros

clínicos relativos a los estados depresivos, los cuales estaban en relación con los malestares sufridos por las mujeres de este fin de siglo. “Estaríamos ante la finalización de aquel proyecto de la modernidad en cuanto a la composición subjetiva de las mujeres, que les ofrecía garantías de salud mental en el cumplimiento exitoso de roles de género maternos, conyugales y domésticos” (Burin, 1996: 74).

Aquella pregunta que marcamos en la introducción sobre *¿qué quiere la mujer?* o *¿qué es ser mujer?* y su respuesta casi obligada en el contexto de la cultura patriarcal *ser mujer es ser madre*, parece requerir nuevos cuestionamientos que van de la mano con las nuevas configuraciones de la subjetividad femenina.

Tal como menciona Mabel Burin, al cambiar el posicionamiento de las mujeres con respecto a los roles tradicionales asignados para ellas, “la movilidad pulsional antes desplegada con los hijos quedaría sin destinatario aparente, provocando una situación crítica al aparato psíquico” (Burin, 1996: 76). Se trata de una imposibilidad de transformar una cantidad de libido en algo cualificable y que tenga significación para el sujeto. Esto produce un estancamiento pulsional.

Esta autora (1996) realiza entonces una investigación entre 1991 y 1992 con mujeres enfrentadas a esta problemática de estancamiento libidinal. Un grupo de estas mujeres, pudieron encontrar salidas a esta detención pulsional. Alguna de estas resoluciones tenían que ver con el refuerzo en su inserción laboral, la participación social y política, la ampliación de sus actividades recreativas y estudios, entre otros. Otras mujeres que llegaron a un máximo de movilidad pulsional a través de su carrera laboral, nos dice Burin que terminaron por sentirse estancadas o en un impasse en relación a lo laboral.

En relación a esta investigación, la psicoanalista propone dos términos para pensar la construcción de la subjetividad femenina: el deseo hostil y el juicio crítico. En relación al primero, lo describe como un “deseo diferenciador, cuya constitución y despliegue permite la gestación de nuevos deseos, por ejemplo el deseo de saber y del deseo de poder” (Burin, 1996: 88). Lo menciona como un deseo fundante de la subjetividad femenina. Este deseo ha tenido un destino de represión en nuestra cultura patriarcal. ¿Por qué sucede esto? Porque constituye un deseo que atenta contra el vínculo fusional al enfatizar las diferencias y propiciar la ruptura de los vínculos. La autora lo diferencia del deseo amoroso, el cual propicia experiencias de máxima satisfacción libidinal en el vínculo identificatorio madre-hijo/a.

Entonces, el desarrollo del deseo hostil implicaría un peligro para la identificación de la mujer con la maternidad. El deseo hostil, provoca nuevas cargas libidinales y promueve nuevas búsquedas de objetos libidinales al aparato psíquico. Estamos de acuerdo con lo que plantea la autora, en relación a que el deseo hostil es reprimido por nuestra cultura. Actualmente podemos observar muchas mujeres dedicadas a sus trabajos, a sus pasiones, o simplemente tratando de encontrar un espacio para ellas mismas que sea fuera de su casa y que no esté en relación a su *rol maternal*. ¿Por qué decimos que este deseo es reprimido desde el sistema patriarcal? Porque muchas de estas mujeres han sido fuertemente criticadas por seguir sus deseos y por no dedicar todo su tiempo a su familia y hogar. Por eso pensamos que el mandato mujer madre, sigue aún hoy vigente.

En cuanto al juicio crítico, Mabel Burin (1996) menciona que es una forma de pensamiento que surge en la infancia y que está ligado al sentimiento de injusticia. En esta etapa, los juicios sobre los que se construye la subjetividad femenina, están basados en el vínculo con la madre, por eso configuran los juicios identificatorios. Al llegar a la pubertad, hay una ruptura con este juicio identificatorio la cual se produce por la necesidad de regular las semejanzas y diferencias con la madre. Comienza entonces un proceso largo y complejo de desasimilación a través del deseo hostil diferenciador, en donde se cuestionan por ejemplo, la sentencia de ser mujer es ser madre.

Con la ayuda del deseo hostil y del juicio crítico hay entonces, una ampliación de

los deseos femeninos. Esta ampliación llega a una puesta en crisis de los paradigmas tradicionales sobre los cuales se construyeron discursos acerca de la femineidad, maternidad y subjetividad femenina.

En su artículo *Madre asfixiada* publicado en el diario Página 12 en el año 2015, Burin habla sobre la frustración que sienten algunas mujeres frente a la maternidad, al no poder cumplir con ese ideal materno. Freud en la Conferencia 33 menciona que “sólo la relación con el hijo varón brinda a la mujer una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas.” (Freud, 2010h: 124)

Hoy en día, observamos que continúa la creencia de que la maternidad constituye una de las máximas vivencias de satisfacción que puede tener una mujer. Sin embargo, advertimos que existen mujeres que poseen cierto malestar respecto a la maternidad. Por ejemplo, aquellas que han tenido experiencias gratificantes antes de ser madres (viajando o teniendo independencia para trabajar) y las cuales sienten cierto malestar al tener que postergar sus necesidades para atender la de sus hijos/as pequeños/as. También notamos que existen mujeres que se han dedicado toda su vida a la crianza de sus hijos y que cuando éstos crecen y se alejan, se sienten tristes. Observamos que en nuestra sociedad, muchas veces se expulsa a las mujeres del ámbito laboral por el simple hecho de ser madres. Estos hechos pueden llevar a que el vínculo con los hijos/as no sea el deseado o aquél visto como ideal para la sociedad, para ciertas mujeres el vínculo con ellos/as puede ser tenso o difícil de sostener. También existe la posibilidad de que ciertas mujeres elijan no ser madres y que esto provoque el cuestionamiento por parte de su entorno ya que la como desarrollamos, la femineidad está fuertemente asociada a la procreación.

Mediante estas conceptualizaciones pudimos observar que la ecuación mujer=madre no responde a ninguna esencia sino que es una representación/mandato producido por nuestra cultura. Es necesario repensar y deconstruir los ideales y las identidades que se han construido en relación a la subjetividad femenina y específicamente a la maternidad. Hay que poder situar a la maternidad en relación a la dimensión del deseo y no como una encarnación de un ideal o exigencia cultural.

Es evidente que somos las propias mujeres, las que, estamos abriendo nuevos interrogantes y cuestionando los discursos dados, para poder repensarnos desde otro lugar, teniendo en cuenta lo que deseamos y no lo que nos impusieron que debíamos elegir.

### **La supuesta inferioridad y pasividad en la mujer**

Hay diversas categorías conceptuales propuestas por Freud en relación a la sexualidad femenina que nos conducen a interpretar cierta inferioridad orgánica en la mujer respecto al varón. Conceptos tales como *envidia de pene*, la relación de la pasividad con la mujer, la constitución deficitaria del superyó femenino, parecen estar impregnados por ciertos paradigmas patriarcales, que hoy en día, son necesarios deconstruir para poder producir prácticas que no lleven a incrementar, aún más, las desigualdades de género.

Nos interesa realizar una revisión de dichos conceptos a partir de tres textos fundamentales: *La organización genital infantil*, *El sepultamiento del complejo de Edipo*, *Sobre la sexualidad femenina* y la Conferencia 33: *La femineidad*

En 1923 Freud publica *La organización genital infantil*. En este texto (2010i) se dedica a explicar el desarrollo de la sexualidad infantil tanto en el niño como en la niña, a partir de que se da la percepción del genital del sexo opuesto. Freud toma como modelo lo que sucede en el varón, nos aclara “por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito, carecemos de una intelección de los procesos correspondientes en la niña pequeña.” (Freud, 2010i: 143) El varón percibe la diferencia

entre varones y mujeres pero al comienzo no la relaciona con una diversidad de sus genitales. Él presupone que todos los seres vivos tienen un genital parecido al de él. Finalmente el niño descubre que el pene no es patrimonio común a todos. Ahora se le plantea al niño la tarea de enfrentarse a la castración en su propia persona. Se produce la amenaza de que se le arrebatará esta parte tan estimada por él. “Lo que deriva del convencimiento final de la falta de pene en la mujer, es el menosprecio por ésta, el horror por ella o la disposición a la homosexualidad” (Freud, 2010i: 144).

Ahora bien, ¿qué sucede con la niña? En el texto *El sepultamiento del complejo de Edipo* de 1924 afirma que “nuestro material se vuelve aquí -incomprensiblemente- mucho más oscuro y lagunoso” (Freud, 2010e: 185). Nos aclara que la reacción de la niña ante la diferencia de los sexos es muy distinta a la del varón: lo ha visto, sabe que no lo tiene pero quiere tenerlo. La niña entonces acepta la castración como un hecho consumado y el niño por su parte tiene miedo a la posibilidad de su consumación. A partir de este desarrollo, Freud llega a plantear la inferioridad de la niña por su falta de pene.

Vemos por un lado, que dicha inferioridad está limitada por lo biológico: la diferencia entre los sexos estaría dada por la comprobación anatómica de la falta. Por otra parte, en este sentimiento de inferioridad en la mujer, que se deriva por aceptar la castración, se expresan de algún modo los prejuicios de Freud quien daba por hecho que asumir la femineidad implicaba reconocer no sólo la inferioridad de órgano sino de la mujer con respecto al hombre. Para Freud la niña se siente inferior por la falta de pene, dado el valor atribuido a este órgano. Consideramos que dicho valor es una atribución cultural anclada en el psiquismo infantil, producto de una teorización falocéntrica. Creemos que esta envidia se podría desarrollar no porque la mujer percibe la falta del pene, sino porque su rol dentro de la sociedad se encuentra relegado. Es decir que la envidia surgiría de una construcción social de desigualdad, violencia y falta de oportunidades.

En 1931 el padre del psicoanálisis publica *Sobre la sexualidad femenina*. En éste, Freud (2010g) menciona que la bisexualidad, que es una disposición constitucional de los seres humanos, resalta con más claridad en las mujeres que en los hombres. ¿Por qué? Porque los hombres poseen una sola zona genésica rectora y un solo órgano genésico. En cambio las mujeres poseen dos: la vagina (propiamente femenina) y el *clítoris (análogo al miembro viril)*. Freud nos aclara que durante muchos años, la vagina es como si no estuviese y sólo en la época de la pubertad empieza a producir sensaciones. Observamos aquí que la defensa de la tesis freudiana acerca de la masculinidad primaria de la niña, requería que la vagina permaneciera ignorada, y que sus sensaciones se confundieran con otras, anales o vestibulares.

Freud menciona que la vida sexual de la mujer se desenvuelve en dos fases: una de carácter masculino y otra que es específicamente femenina (que se da justamente con el traspaso del clítoris a la vagina). Ahora bien, observamos que el autor del psicoanálisis propone que lo único propiamente femenino es la vagina. Dentro de los postulados de Freud se expone entonces, que el erotismo femenino debe ser fundamentalmente vaginal. Creemos entonces, que la sexualidad de la mujer es vista desde el principal eje de la reproducción y no del placer. Esto implica pensar a la sexualidad femenina como pasiva, ya que la vagina cumple una función receptiva del órgano genital masculino (que sería el *activo*). Esto último fortalece la concepción de la sexualidad proclamada por la religión: ligada a la maternidad y a la reproducción como ya mencionamos. Se da entonces una jerarquización de prácticas sexuales, que dan por sentado que lo normal son las relaciones genitales y heterosexuales y lo anormal sería el onanismo y la homosexualidad.

Aquí Freud hace referencia a otra complicación en la mujer que no notó en el varón, la cual “nace de que la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la mujer de manera muy cambiante y que por cierto no se ha comprendido satisfactoriamente” (Freud, 2010g: 230). Freud sigue comparando al clítoris con el

miembro viril, sin embargo no sabe bien cuál es su función. Es curioso que Freud lo haya conceptualizado como masculino mientras podemos pensar que es lo propiamente femenino, ya que esta diferencia femenina no encuentra correlato anatómico en los caracteres sexuales del varón. Por otra parte, el hecho de que la mujer ceda parcial o totalmente su sensibilidad hacia la vagina es algo que los/as psicoanalistas deberán interrogar, problematizar y no plantear como una norma como lo hizo Freud en aquel entonces.

¿Cuáles son las secuelas del complejo de castración? Como mencionamos anteriormente, en el caso del varón es el *menosprecio* por la mujer cuya castración se ha conocido. A partir de ese menosprecio se desarrolla una inhibición de objeto y si colaboran factores orgánicos, una homosexualidad exclusiva.

En el caso de la mujer, ella reconoce en el hecho de su castración, la *superioridad del varón y su propia inferioridad* (esto ya lo había expuesto en *La organización genital infantil*). Es el propio Freud (2010g) quien habla con el término de inferioridad: “en algún momento la niña pequeña descubre su *inferioridad orgánica*, desde luego antes y más fácilmente cuando tiene hermanos o hay varoncitos en su cercanía” (Freud, 2010g: 233) o también utiliza el término defecto: “cuando la niña pequeña se entera de su propio defecto por la vista de un genital masculino, no acepta sin vacilación ni renuncia la indeseada enseñanza” (Freud, 2010g: 234). Otro hecho importante que Freud va a marcar en dicho texto, es que el genital correcto es el masculino. Aquí explica que el más intenso motivo de extrañamiento de la niña con respecto a la madre “es el reproche no de haberla dotado del genital correcto o sea de haberla parido mujer” (Freud, 2010g: 235). La palabra correcto nos remite a un juicio valorativo, en relación a lo que está bien y a lo que debe ser, este tipo de afirmaciones es algo que el psicoanálisis no debería expresar, sino que debe ser propenso a abrir el debate sobre lo que se *piensa* que es correcto o no. Creemos que tiene que ser una teoría y práctica que ayude a desnaturalizar aquellas concepciones que se piensan como lo *normal*.

En 1933 Freud expone la Conferencia 33 *La feminidad*. Aquí (2010h) describe tres ideas fundamentales que queremos remarcar: la envidia de pene, la pasividad en la mujer y el superyó débil. En cuanto a la categoría conceptual de envidia de pene, nos menciona que es por causa de ésta por la cual la niña se siente gravemente perjudicada. Esta envidia comienza a partir de la visión de los genitales del otro sexo y tiene grandes consecuencias para la pequeña “deja huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter y aún en el caso más favorable no se superará sin un serio gasto psíquico” (Freud, 2010h: 116). En este sentido Silvia Turbet expone que

Si la envidia de pene no es absorbida por la forma reactiva del complejo de masculinidad, puede tener consecuencias psíquicas muy importantes: sentimiento de inferioridad, que lleva a equipararse con el hombre en el desprecio a su propio sexo, desplazamiento de la envidia de pene al rasgo de los celos; desprendimiento del objeto materno, al que hace responsable de esa falta y rechazo a la masturbación del clítoris, propia de la fase fálica, quizás a causa de que su goce es malogrado por la herida narcisista ligada a la envidia de pene. (Turbet, 2010: 30)

Freud (2010h) hacia el final del texto va a desarrollar dos consecuencias que se desprenden de la envidia del pene en la vida adulta de la mujer: por un lado la necesidad de ser amada más que amar, y por el otro la escasa contribución cultural de las mujeres. Creemos que esta descripción de la mujer corresponde a categorías construidas culturalmente y que operan como modelos propios de lo que *es ser mujer*. Es evidente que lo que propone Freud es resultado de una generalización o de postulación de caracteres comunes a todas las mujeres y esto es un hecho contradictorio a la práctica psicoanalítica singular y subjetiva. En cuanto a la necesidad de ser amada expone que:

Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. En la vanidad corporal de la mujer sigue participando el efecto de la envidia de pene, pues ella no puede menos que apreciar más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual. (Freud, 2010h: 122)

En cuanto a la escasa contribución de la mujer a la cultura, Freud (2010h) en la Conferencia 33 hace referencia a que la vergüenza es una cualidad femenina por excelencia y que tiene que ver con ocultar el defecto de los genitales. Relaciona este ocultamiento de los genitales con el interés de las mujeres por el tejido y realiza una interpretación de por qué se da dicho interés:

Se cree que las mujeres han brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado a colegir el motivo inconsciente de ese logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhirieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados. Si ustedes rechazan esta ocurrencia por fantástica y consideran que es una idea fija mía la del influjo de la falta de pene sobre la conformación de la feminidad, yo quedo, naturalmente, indefenso. (Freud, 2010h: 122-123)

Tenemos que tener en cuenta que esta conceptualización aparece contextualizada en el marco de que Freud fue un hombre de su época y determinado por la impronta de su tiempo. Si pensamos en la sobrecarga de la enorme presión social ejercida sobre las mujeres en dicha época para, por una parte, censurar la legitimidad de sus deseos y, por otra, imponer normas prescriptivas que llevaban a la mujer a encargarse de criar y educar a sus hijos/as, podemos entender la dificultad de la mujer para participar de la cultura.

La segunda idea que nos interesa remarcar es la relación que marca Freud entre lo masculino con lo activo y lo femenino con lo pasivo. Expone esta relación a partir del complejo de masculinidad que se da en la niña al rehusarse a reconocer el hecho desagradable de no poseer pene. ¿Qué es lo que hace la niña? El autor menciona que:

Con una empecinada rebeldía carga todavía más las tintas sobre la masculinidad que tuvo hasta entonces, mantiene su quehacer clitorídeo y busca refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre. ¿Qué será lo decisivo para este desenlace? No podemos imaginar otra cosa que un factor constitucional, una proporción mayor de actividad, como suele ser *característica del macho*<sup>5</sup>. Empero, lo esencial del proceso es que en este lugar del desarrollo se evita la oleada de pasividad que inaugura el giro hacia la feminidad. (Freud, 2010h: 120)

Freud explica que se suele asociar a la masculinidad con lo activo, por la actividad del espermatozoide frente a la pasividad del óvulo o en la actividad del macho que persigue a la hembra con el fin de la unión sexual, sin embargo la fisiología no puede dar cuenta de los procesos subjetivos. Notamos entonces que Freud termina conceptualizando desde una posición biologicista en el sentido que ve la sexualidad femenina desde el funcionamiento del propio cuerpo. Además no realiza sólo una descripción de lo que le sucede a la niña, sino que agrega juicios de valor, por ejemplo al

---

5 Las cursivas son nuestras.

plantear como un hecho *desagradable* no poseer pene, llevando así a una desvalorización de la femeneidad.

La tercer y última idea que da cuenta de cierta inferioridad de la mujer respecto del varón es la formación defectuosa del superyó. Freud explica en esta conferencia (2010h) que al haber ejercido anteriormente efecto la castración, no se produce el derrumbe del complejo de Edipo, en tanto faltan los motivos narcisísticos que operarían en el caso del varón (el resguardo de su pene ante la amenaza de castración si persiste en mantener los deseos sexuales hacia la madre).

Por lo tanto, el superyó nunca llega a ser en ella tan inexorable, tan impersonal tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón. En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural y las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el carácter femenino medio. (Freud, 2010h: 120)

### **Otra visión de la diferencia sexual de los sexos**

Para realizar la revisión de los conceptos planteados en el título anterior, tomaremos teorizaciones de psicoanalistas argentinas pertenecientes al Foro de Género y Psicoanálisis. ¿De qué se trata dicho Foro? Es un espacio institucional que se inscribe en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. El mismo tiene el objetivo de reflexionar sobre las relaciones significativas entre las teorías y la clínica psicoanalítica, los conocimientos provenientes de los estudios feministas, y los aportes realizados por el enfoque de género, femenino y masculino. Es decir es un espacio de intercambio y debate permanente entre psicoanalistas con perspectiva de género. Lo que se proponen en el Foro es entonces, la tarea de construcción de herramientas teórico-prácticas psicoanalíticas de abordajes no-sexista y no patriarcal del sufrimiento de los varones y las mujeres. Tienen el objetivo en primer lugar, de develar la visión patriarcal que subyace a los abordajes clásicos del psicoanálisis y en segundo lugar, de establecer un aporte a la comunidad psicoanalítica de los instrumentos teórico-clínicos adquiridos hasta el momento desde la perspectiva de género y psicoanálisis para tratar los desafíos clínicos que se presentan en la actualidad.

Si bien, dicho Foro se crea en 1994, el diálogo entre psicoanálisis y feministas comienza desde antes. En este sentido, Ana María Fernández, psicóloga clínica, perteneciente al Foro de Género y Psicoanálisis, menciona que a partir de la década del 70, comienza a desplegarse en Argentina, un tipo de producción teórica realizada por mujeres feministas (la mayoría provenientes del ámbito psi) sobre el *corpus* teórico del psicoanálisis, en particular sobre su teoría de la sexualidad. Estas psicólogas feministas señalaron que la opresión de la mujer es histórica, por eso lo que se propusieron fue realizar una “indagación crítica de la teoría en cuestión para poder incorporarla eficazmente a la elucidación de la opresión de género” (Fernández, 1996: 142). Se abrió así un espacio de debate y producción acerca de la construcción social de la subjetividad sexual y de interpelación al psicoanálisis.

Es importante destacar que este cuestionamiento se produce en un país caracterizado por un amplio desarrollo de las corrientes psicoanalíticas y con una influencia que excede el ámbito de la clínica, para impactar en la cultura general. Tal como menciona Fernández:

Al mismo tiempo, y dado que la cultura psi se ha desplegado mucho más allá del campo profesional para convertirse en un sistema explicativo que forma parte de un modo de pensar, de una sensibilidad, ha provisto una narrativa científica para la condición femenina; ofrece causas psíquicas,

envidias, pasividades o posicionamientos algo fuera del lenguaje, para aquello que constituye un complejo precipitado de la inferiorización política de un género sexual. (Fernández, 1996: 146)

Estas mujeres, comienzan a plantear una crítica a esta lógica falocéntrica que recorre todo el *corpus* teórico del psicoanálisis tradicional. Mencionan que desde esta teoría el falo es un “símbolo que representa la plenitud de la satisfacción y el éxito” (Fernández, 1996: 143), por ende se dedicaron a interrogar ciertas creencias teóricas que poseen el estatuto de verdad no interrogable.

Lo que querían lograr las feministas en la década del 70 no era un posicionamiento cerrado frente al psicoanálisis de Freud, perdiendo de vista la importancia de la teoría en sí, sino que era poder pesquisar las herramientas teóricas que ofrecía esta teorización para el análisis de la sociedad patriarcal y en particular para la elucidación de sus marcas en la subjetividad de mujeres.

Sin embargo algunas de las críticas más frecuentes esgrimidas es que ciertas hipótesis psicoanalíticas se basan en sus criterios esencialistas, biologists, individualistas y a-históricos.

Entendemos por esencialistas aquellas respuestas que se ofrecen a la pregunta “quién soy” y “qué soy”, suponiendo que existiría algo sustancial e inmutable que respondería a tales inquietudes. Los criterios biologists responden a los interrogantes asociando a un sujeto mujer con un cuerpo biológico y fundamentalmente con su capacidad reproductora. Los principios a-históricos deniegan que a lo largo de la historia las mujeres han padecido cambios económicos y sociales que han implicado profundas transformaciones en las definiciones sobre femineidad, por el contrario suponen la existencia de “eterno femenino” inmutable a través del tiempo. Los criterios individualistas aíslan a las mujeres del contexto social, y suponen que cada mujer, por separado, y según su propia historia individual puede responder acerca de su identidad femenina. (Burín, 1996: 66)

Por eso la propuesta que realiza Ana María Fernández (1996) en su capítulo *De eso no se escucha: el género en psicoanálisis* es invitarnos a deconstruir ciertas categorías conceptuales para dejar de verlas como a-históricas y universales. “Deconstruir posibilita en tanto desnaturaliza patrones de significado que son utilizados diariamente, y que los cuerpos teóricos incorporan sin advertir sus implicancias epistémicas y políticas” (Fernández, 1996: 154).

En relación a la pasividad e inferioridad orgánica de la mujer respecto del hombre, Fernández (1996) menciona que la sexualidad femenina es pensada en los textos freudianos desde el *a priori* de lo mismo, esto conlleva a no dejar lugar para la diferencia, la cual queda en el plano de la inferioridad. Esto tiene que ver con “la homologación de lo genérico humano a lo masculino y un consecuente ordenamiento donde lo diferente no se ve; es denegado; es visto como complemento de lo mismo, o equivalente menos, pero no en su especificidad” (Fernández, 1996: 156) La mujer sigue siendo entonces, pensada desde un lugar enigmático y a partir de esto podemos observar, cómo constituye un obstáculo conceptual pensar la sexualidad de las mujeres desde parámetros masculinos.

Además, la autora (1996) hace referencia a que la diferencia de los sexos es pensada como *insoportable* sólo de un modo cultural y colectivo. “Que la diferencia -sexo femenino- tenga que ser pensada como igualdad (pene), pero en defecto (amputado) es una significación colectiva, algo producido socialmente y no algo dado” (Fernández, 1996: 150).

Este pensamiento lleva entonces, a naturalizar la inferiorización de la diferencia de los sexos. Es decir, cuando se toma algo construido colectivamente, como algo ya dado, se pierde la posibilidad de indagar la dimensión política del hecho. En este sentido

menciona que “niños y niñas no sólo advertirán la diferencia, sino que sus procesos de sexuación no se completarán si no logran creer en el defecto femenino” (Fernández, 1996: 151).

Fernández (1996) observa que hay muchas significaciones sociales que presentan a la mujer como un *hombre inacabado*. Por ejemplo desde el pensamiento griego aristotélico se considera a las mujeres como hombres menores o fallidos. Esto se relaciona con las significaciones sobre, por ejemplo, el clítoris como un pene inconspicuo.

No es azaroso que Freud sólo pueda pensar este órgano desde determinadas ecuaciones simbólicas de la diferencia: Hombre = hombre y diferente = inferior. Es decir que esa diferencia femenina -el clítoris- puede ubicarla lógicamente sólo como un equivalente de algo masculino, pero menos. No puede ser pensada en su especificidad. (Fernández, 1996: 158)

Entonces observamos que Freud pensó al clítoris y a las prácticas eróticas asociadas a él, en un sentido fálico, como equivalente al pene. Esto es algo que se sigue pensando hoy en día y que, según la autora, nos tiene que llamar la atención. “Estas ideas ya fueron desmentidas por los conocimientos que brindan la sexología y la erótica; casualmente disciplinas por lo general no escuchadas por los psicoanalistas” (Fernández, 1996: 160).

Otro hecho que Freud expuso es que el clítoris cede su sensibilidad a la vagina, en el cambio de zona erógena que se da en la niña pequeña. Hoy se sabe que esto no es así, y que este hecho de ceder (total o parcialmente) su sensibilidad a la vagina es algo que el psicoanálisis tendría que haber interrogado en tanto efecto de violencia sobre el erotismo de dichas mujeres. En este sentido, la psicoanalista nos menciona que “la cultura musulmana, ante la amenaza de una autonomía erótica de sus mujeres, instituye prácticas rituales de mutilación clitorídea. La cultura occidental obtiene similares efectos a través de estrategias y dispositivos que no por simbólicos son menos violentos” (Fernández, 1996: 161).

Otro cuestionamiento que realiza la autora en este capítulo es que en todo el desarrollo conceptual propuesto por el psicoanálisis freudiano sobre la sexualidad femenina, no hay mención de otras zonas erógenas que no tengan que ver con el clítoris. Por ejemplo, no se habla de la vulva o de los labios mayores y menores, “lo cual no constituye meramente una falta de referencia a una zona anatómica sino que de esta forma la teoría omite (¿o deniega?) una significativa fuente de placer y de investigación-actividad en mujeres y niñas” (Fernández, 1996: 163). Tampoco hay referencia a la libidinización de los senos, como zona propiamente erógena. ¿Por qué no se habla de estas zonas? Según Fernández es porque tiene que ver con prácticas placenteras que parecieran no encontrar su símil en el varón.

En tanto cuerpo, prácticas, imaginarizaciones, investimientos e inscripciones simbólicas no simétricas con el varón quedan invisibles, y constituyen silencios de enunciado en el cuerpo teórico. Éste, o mejor dicho sus instituciones, se ve obligado a ejercer fuertes violencias simbólicas que impidan la irrupción de lo denegado. Es elocuente, al respecto, la resistencia de las instituciones psicoanalíticas a abrirse a la transversalización que otras disciplinas podrían ofrecerles en este tópico. (Fernández, 1996:165)

Estos *silencios* de la teoría psicoanalítica respecto a lo que sucede con el erotismo de la mujer, se pueden considerar como políticos en tanto que este cuerpo teórico forma parte de estrategias de producción y reproducción de la inferioridad orgánica de la mujer.

Fernández afirma que hay que repensar la noción de pasividad en tanto característica de la femineidad y por lo tanto de un rasgo universal de la normalidad. Por eso, explica que es mejor hablar de *pasivización* “en tanto efecto de la violencia simbólica

– institucional sobre el erotismo de muchas mujeres en el patriarcado; desde allí sería entonces posible analizar sus marcas en la producción de la subjetividad y en el erotismo de tantas mujeres gestadas en tal régimen social” (Fernández, 1996: 171). Pasivización sería entonces la producción socio-histórica de un erotismo en clave pasiva.

Acordamos entonces con la psicóloga en relación a que el psicoanálisis es uno de los dispositivos de pasivización, en tanto sus discursos sobre la sexuación femenina otorgan categorías de universales a aquello que en realidad es precipitado de complejos procesos de violentamiento histórico del erotismo de las mujeres. Por otra parte, creemos que no hay que subestimar la influencia de las normas sociales, que igualmente empujan a las mujeres a situaciones pasivas.

Fernández (1996) propone entonces ver al sexo femenino como positivo para dejar de verlo como lo diferente. Esto “no exime a la mujer del régimen de la falta, sino que la inscribe en una economía deseante propia” (Fernández, 1996: 167). Además esta inscripción implica un lugar psíquico. Lugar psíquico aún ausente en la teoría, pero no en las mujeres. Fernández lo describe como un lugar desde donde las mujeres estructuran las prácticas placenteras autoeróticas e invistan su anatomía sexual, dando acceso a las diferentes formas de erotismo femenino.

Observamos a partir del planteo de Ana María Fernández, la imperiosa necesidad de reformular ciertas hipótesis dadas sobre la sexuación femenina. Es evidente que estas reformulaciones van a llevar a crear nuevos instrumentos conceptuales que permitan explorar la representación de la diferencia sexual teniendo en cuenta la historia vivencial individual y la historia colectiva. Pero mientras se siga viendo la diferencia sexual en base a un referente (falo/pene) la mujer seguirá siendo un enigma difícil de descifrar.

## **Conclusiones**

Para sintetizar la investigación bibliográfica que llevamos a cabo, es pertinente señalar ciertos puntos que han sido relevantes en nuestro trabajo final.

En primer lugar, en cuanto al abandono de la teoría de seducción de Freud, con el posterior pasaje a la teorización de las fantasías, pudimos pesquisar que esta transición teórica ha sido un impedimento para el padre del psicoanálisis, en relación a observar un abuso realmente acontecido en el caso de Dora, abuso perpetrado por un amigo del padre, hacia la joven de dieciocho años. Al poner énfasis en la fantasía de sus pacientes dejando de lado la seducción real por parte de un adulto, Freud corrió el eje del análisis del caso, hacia un enamoramiento inconsciente de Dora hacia el Señor K, sin poder interpretar los efectos del abuso en la subjetividad de la adolescente.

Ahora bien, lo que nos llamó la atención fue porqué Freud no tuvo en cuenta el abuso, si años antes había teorizado la importancia de los abusos realmente acontecidos para el surgimiento de la posterior neurosis. Por este motivo, tomamos el desarrollo de Jorge Volnovich, quien hace hincapié sobre los *fantasmas* personales que estuvieron en juego en la interpretación del caso. Con las teorizaciones de Freud sobre la histeria masculina, sobre la perversión (la cual la marcaba como más común que la propia histeria) y sobre los abusos, los cuales los saca del terreno psicopatológico para colocarlos en el terreno de la sexualidad normal, estaba en riesgo su prestigio a partir del rechazo que provocaron estas conceptualizaciones en la comunidad científica. Es por eso que no le quedó otra opción que dar marcha atrás a lo que había planteado: abandonando en 1897 la teoría de la seducción para dar lugar a la teoría de la fantasía, concluyendo que las escenas de seducción nunca habían ocurrido en realidad y que sólo eran fantasías de sus pacientes. Observamos que estos cambios en la teoría tuvieron fuertes consecuencias en su modo de interpretar la histeria de Dora.

En segundo lugar, en cuanto a la equivalencia de la mujer con la maternidad que propone Freud con la ecuación pene = hijo, observamos que el padre del psicoanálisis

puso el acento en su corpus teórico en lo insoportable que es para la mujer no poseer pene. Por eso menciona que la mujer intenta resarcir este hecho de alguna manera. Allí propone que la niña se desliza a lo largo de una ecuación simbólica del pene hacia el hijo. Explica que el complejo de Edipo en la niña culmina en el deseo de recibir como regalo un hijo del padre, de parirle un hijo. El Edipo es abandonado luego ya que este deseo nunca se cumple. Además, en 1931 en el texto *Sobre la sexualidad femenina* expone los tres caminos evolutivos que la niña puede elegir, a partir del descubrimiento del complejo de castración. El primer camino es el universal extrañamiento respecto de la sexualidad, el segundo es retener la masculinidad amenazada en una porfiada autoafirmación en la virilidad, es lo que Freud luego llama el complejo de masculinidad. El tercer camino, el más importante para nuestro Trabajo Integrador Final, es la final configuración femenina. ¿Cómo se establece la forma femenina del Edipo? Según Freud se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene. Según esta teoría falocéntrica, la mujer sucumbe ante la envidia de pene y busca obturar esta falta de modo inalcanzable. En la femineidad normal esto parece resultar desde el momento en que la mujer es madre.

En este sentido, nos propusimos buscar otros/as autores que vean de modo diferente la maternidad para romper con el estereotipo mujer-madre. Por eso nos pareció interesante el recorrido que hace la psicoanalista Mabel Burin. La autora propone dos conceptos básicos para abordar la maternidad: el deseo hostil y el juicio crítico. En cuanto al primero, lo describe como un deseo diferenciador, cuya constitución y despliegue permite la gestación de nuevos deseos, por ejemplo el deseo de saber y del deseo de poder. Burin explica que el deseo hostil implicaría un peligro para la identificación de la mujer con la maternidad, ya que provoca nuevas cargas libidinales y promueve nuevas búsquedas de objetos libidinales al aparato psíquico. Por eso existe una inmensa cantidad de mujeres que no están solamente dedicadas a su rol como madres, sino que poseen otros intereses (viajar, estudiar, trabajar, realizar alguna actividad placentera para ellas). En este sentido la autora menciona que el deseo hostil es reprimido por la cultura patriarcal, porque rompe con el rol maternal que se le asigna a la mujer.

En cuanto al juicio crítico, la psicoanalista menciona que es una forma de pensamiento que surge en la infancia, basados en el vínculo identificatorio con la madre. Al llegar a la pubertad, hay una ruptura con este juicio identificatorio la cual se produce por la necesidad de regular las semejanzas y diferencias con la madre, así se termina cuestionando la sentencia de ser mujer es ser madre.

Mediante las conceptualizaciones de Burin, llegamos a la conclusión que la ecuación mujer=madre no responde a ninguna esencia y que es un mandato producido por la cultura patriarcal que sigue identificando a la mujer con un rol específico.

El último punto que tomamos es la supuesta inferioridad y pasividad de la mujer respecto del varón que propone Freud a partir de ciertas conceptualizaciones tales como: la envidia de pene, el superyó débil, la escasa contribución de la mujer a la cultura. A partir de las teorizaciones de Ana María Fernández, pudimos revisar críticamente esta conceptualización de la mujer. La autora menciona que la sexualidad femenina es pensada en los textos freudianos desde el *a priori* de lo mismo, esto conlleva a no dejar lugar para la diferencia, la cual queda en el plano de la inferioridad. La mujer sigue siendo entonces, pensada desde un lugar enigmático. Además, hace referencia a que la diferencia de los sexos, pensada por Freud como insoportable para la niña, es un concepto elaborado de modo cultural y colectivo, es decir no es algo dado sino producido socialmente, pero al tomarlo como dado se pierde la posibilidad de pensarlo en su dimensión política.

Otra cuestión que critica Fernández es que se sabe hoy en día que el clítoris no cede su sensibilidad a la vagina, pero que sin embargo ciertos psicoanalistas no interrogan este hecho y siguen trabajando mediante esta conceptualización. Menciona

que en todo el desarrollo conceptual propuesto por el psicoanálisis freudiano sobre la sexualidad femenina, no hay mención de otras zonas erógenas que no tengan que ver con el clítoris. Por ejemplo, no se habla de la vulva o de los labios mayores y menores, tampoco hay referencia a la libidinización de los senos, como zona propiamente erógena. Según Fernández no se habla de estas zonas porque tiene que ver con prácticas placenteras que parecieran no encontrar su símil en el varón. Por último la autora menciona que hay que repensar la noción de pasividad en tanto característica de la femeneidad. Propone hablar de pasivización que es la producción socio-histórica de un erotismo de la mujer en clave pasiva. Observamos al psicoanálisis propuesto por Freud como un dispositivo de pasivización en tanto que sus discursos sobre la sexualidad femenina llevan a pensar a la mujer en tanto inferior, pasiva respecto al varón.

A partir del recorrido que realizamos por los textos freudianos y de la revisión de las categorías conceptuales propuestas por Freud, pudimos concluir que el psicoanálisis como *corpus teórico* no posee ningún límite conceptual para trabajar con la sexualidad femenina y con la problemática de la mujer. De hecho, quisimos hacer hincapié en que fueron autores/autoras que desde la misma corriente psicológica, pudieron criticar y reformular las teorizaciones propuestas por Freud, es decir desde el propio psicoanálisis se puso en discusión a Freud y se deconstruyeron los conceptos nodales del mismo. Creemos fervientemente en la necesidad de que cada psicoanalista, en tanto profesional de una práctica psicológica y política, deba tomar la decisión personal de revisar críticamente las certezas teóricas que le han transmitido a lo largo de su formación, para no contribuir al desarrollo de prácticas sexistas y androcentristas.

## **Reflexiones finales**

Es conocida la desconfianza y la fuerte crítica que han desarrollado los/as teóricos/as especialistas en género con relación al psicoanálisis por considerar que ésta es una disciplina que prescribe la posición subordinada de la mujer. En este sentido, nos pareció pertinente realizar un recorrido por los textos freudianos para considerar cuáles son los alcances de ciertos conceptos a la hora de abordar las diversas problemáticas que atraviesan las mujeres, sobretodo en relación a la sexualidad femenina.

El psicoanálisis -como cualquier otro campo de producción de conocimientos- construye sistemas de pensamiento, los cuales influyen a la vez en la producción de subjetividades. Las prácticas de saber-poder y los modos de subjetivación no son universales, sino históricamente situados. Por eso no se trata de culpabilizar a la teoría y desmerecer así toda su utilidad, o ver en la figura de Freud la representación del sistema patriarcal que oprime a las mujeres, sino de historizar y contextualizar la época en la que él escribió. La sexualidad de la época victoriana, desde la cual Freud construyó el psicoanálisis, se sostenía en inhibiciones y represiones que eran la base de una serie de síntomas especialmente agudos en la época. En este sentido, la teoría psicoanalítica desde sus inicios implicó un cambio de paradigma revolucionario con respecto a la sexualidad humana, promovió una desconstrucción de las concepciones morales acerca de la sexualidad y denunció los malestares e inhibiciones producidos por los dispositivos represores que pretendieron someterla al control social, médico, religioso.

A pesar de esta revolución que marcó Freud, hay ciertas conceptualizaciones de carácter biologicista y fundamentadas desde una lógica falocéntrica que llevan a naturalizar el posicionamiento inferiorizado de la mujer en lo social. Estos conceptos psicoanalíticos, que desarrollamos durante todo el trabajo, adolecen de androcentrismo y esto puede conllevar el riesgo de prácticas sexistas, que no contemplan el impacto de nuestra historia y cultura patriarcal que padecemos las mujeres.

Repensar, cuestionar, interrogar a los discursos dominantes y hegemónicos, como es el psicoanalítico, no es tarea fácil, pero creemos que es necesario deconstruir ciertas

certezas teóricas para poder llevar a cabo nuestra práctica profesional. Práctica que es ante todo es una práctica política y como tal provoca efectos subjetivantes en las personas con las que se interviene. Incluso se puede pensar el dispositivo analítico como un dispositivo de poder, en donde el analizado pone al analista en un lugar de supuesto saber, y en donde este último con sus intervenciones otorga significación y produce efectos en la realidad del paciente.

Es importante recalcar que la práctica psicoanalítica no es ajena al contexto histórico social y político en la que está inmersa. El propio analista está atravesado por dicho contexto y si no reflexiona y trabaja con su propia historia, ideas, prejuicios puede llegar a convertir su práctica en un dispositivo de control y normalización. El lugar que tenemos enfrente del sufrimiento del otro nos llama hacia una ética con el otro. Por eso el psicoanálisis como teoría y praxis en constante mutación, no puede dejar de desconocer su dimensión histórico-social y su participación en los discursos sociales efectivos. Como profesionales de la salud mental debemos impulsar una práctica que mantenga siempre su mirada crítica sobre la cultura y la sociedad y que no reproduzca ciertos estereotipos y mandatos establecidos por la sociedad.

La crisis de los grandes relatos, si bien presenta el peligro de la caída de sistemas de sentido, ofrece la oportunidad de replantearse verdades instituidas dadas en la prácticas y en las teorías. Al revisar críticamente los conceptos propuestos por Freud desde los/as psicoanalistas pertenecientes al Foro de Género y Psicoanálisis arribamos a la conclusión de que el límite no está en la teoría en sí, sino en los propios sujetos que encarnan y llevan adelante dicha teoría. Cabe preguntarse si no existe una resistencia de parte de éstos en relación a plantear una mirada crítica hacia los contenidos teóricos que hemos marcado a lo largo del trabajo y en la decisión de incorporar nuevas categorías (como por ejemplo, la de género) a sus prácticas. Cada profesional deberá hacer una revisión y cuestionamiento de los enunciados psicoanalíticos e interpelar su clínica. Pudimos observar que aún cuestionando puntos nodales de la teoría freudiana (complejo de Edipo, envidia de pene, pene=hijo) no se produjo el fin del psicoanálisis como algunos/as pueden temer, sino fueron los/as mismos/as psicoanalistas pertenecientes al Foro, quienes tomaron la decisión (decisión personal y política) de formular nuevos modos de ver la femineidad desde el interior de dicha teoría.

Hay que apelar a producir propuestas alternativas de teorización en torno a aquellas cuestiones (como la cuestión de la sexualidad femenina) que el discurso freudiano ha dejado sin responder y en un lugar enigmático, tal como marcábamos en la introducción. Los/las psicoanalistas deben revisar los postulados a fin de trabajar sobre algunas de las claves de sustentación del psicoanálisis tradicional. Si esto puede ser puesto en revisión dará lugar a construir una nueva metapsicología psicoanalítica que incorpore, por ejemplo, los aportes de los estudios de género para poder lograr la deconstrucción del patriarcado como criterio de salud mental.

Es necesario que tomemos como punto de partida la obra de Freud pero no de llegada (o de dogma) para no ser aliados/as, incluso involuntariamente, de aquellas conceptualizaciones conservadoras sobre la sexualidad femenina. El desafío será entonces darle lugar a los interrogantes que se nos presentan, tener espacios de formación que nos acerquen a conceptos y herramientas críticas pospatriarcales y posheteronormativas.

Es un imperativo ético realizar estas deconstrucciones para poder sostener el compromiso básico del psicoanálisis con la sociedad: trabajar con las formas en las que se expresa el malestar humano. Es importante tomarnos esta tarea, para que no nos ocurra que, por abstenernos de repensar frente a los nuevos desafíos (nuevos modelos familiares distintos al de la familia nuclear, presentación de nuevas sexualidades y géneros que desafían a la noción de diferencia sexual, la constitución de nuevas modalidades deseantes por fuera del modelo hegemónico heteronormativo, nuevas maternidades y paternidades, entre otros cambios) nos quedemos estancados en

teorizaciones dadas en el siglo pasado que ya se muestran insuficientes. Se abre entonces la posibilidad de un trabajo de elucidación crítica desde el interior mismo de la doctrina psicoanalítica, a través de una labor de deconstrucción de ideas falocéntricas y patriarcales que pretendan normativizar la sexualidad humana y sobretodo la feminidad.

Si bien la revisión crítica y la deconstrucción de los conceptos nodales del psicoanálisis propuesto por Freud es un trabajo teórico, la decisión de realizarlo es *sumamente política de cada psicólogo/a*. A fin de cuentas, el riquísimo legado de Freud es finalmente sólo eso: un legado. Hay que apropiárselo críticamente, reconocerlo y hacerse reconocer por él al momento de pensar nuevas formas de llevar a cabo nuestras prácticas.

## **Referencias bibliográficas**

Alizade, Miriam (s.f.). "Enigma de Mujer / Enigma de la Creación". En *Imagoagenda.com*. Visita 14 de noviembre de 2017. <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=623>

Barbero Fuks, Lucía (2002). "Abuso sexual de niños en la familia". En Jorge Volnovich (comp.), 10 a 30, *Abuso sexual en la infancia el quehacer y la ética*. México: Lumen Hvmánitas.

Burín, Mabel (1996). "Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables" En *Género, psicoanálisis y subjetividad*. Buenos aires: Paidós.

Burín, Mabel (2015). "Madre Asfixiada". *Página 12*, Marzo 5, Psicología.

Fernández, Ana María (1996). "De eso no se escucha: el género en psicoanálisis" En *Género, psicoanálisis y subjetividad*. Buenos aires: Paidós

Fernández Boccardo, Marta (2016). *Mujeres que callan: violencias de género y efectos en la subjetividad femenina*. Buenos Aires: Entreideas.

Freud, Sigmund (2010b). *Carta 69 a Fliess*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010h). *Conferencia 33: La feminidad*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010e). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010c). *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010d). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Caso Dora)*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010a). *La etiología de la histeria*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010i). *La organización genital infantil*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010g). *Sobre la sexualidad femenina*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (2010f). *Sobre las transmutaciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal*. En *Sigmund Freud: Obras completas: Vol. XXII*. Buenos aires: Amorrortu.

Volnovich, Jorge (Comp.) (2002). "Sexualidad infantil: usos y abusos del poder adulto". En *Abuso sexual en la infancia el quehacer y la ética*. México: Lumen Hvmánitas.

Turbet, Silvia (1996). "Introducción" En *Figuras de la madre*. Madrid: Cátedra.

Tubert, Silvia (s.f.). "Masculino/Femenino: Maternidad/Paternidad". En *Psicomundo.com*.  
Visita 15 de septiembre de 2017. <http://www.psicomundo.com/foros/genero/tubert.htm>